

## LIBRO QUINTO.

---

**Que la virtud está contenta consigo misma para la vida feliz.**

En este quinto día, oh Bruto, pondremos fin á las cuestiones Tusculanas. Hoy nos toca disputar aquella cuestión que tú prefieres entre todas. Pues he juzgado por el libro elocuentísimo que me enviaste, y por muchas conversaciones tuyas, cuánto te agrada la doctrina de que la virtud está contenta consigo misma para la vida feliz. Y aunque es difícil de probar, por ser tantos y tan variados los accidentes de la fortuna, es, sin embargo, de tal importancia, que debemos trabajar sin descanso para probarla, hasta no dejar sombra de duda. No hay doctrina más grave y magnífica entre todas las que trata la filosofía. Ni fué otra causa la que impulsó á los primeros que se dedicaron al estudio de la filosofía para que, posponiendo todas las cosas humanas, se consagrasen enteramente á buscar el mejor método de vida, si no la esperanza de vivir felices. Y si ellos encontraron y perfeccionaron la virtud, y si en la virtud hay bastante ayuda para la vida feliz, ¿quién habrá que no juzgue que fué excelente determinación la suya de poner tanto trabajo y diligencia en filosofar? Pero si la virtud está sujeta á los varios é in-

ciertos casos de fortuna, y es, por decirlo así, sierva suya, y no tiene fuerza bastante para encenderse por sí misma, mucho temo que sea un deseo estéril y vano el que nos hace concebir la esperanza de vivir felizmente.

Y considerando yo, en verdad, las tribulaciones en que me ha ejercitado la fortuna, empiezo á veces á dudar de este parecer mío y á temer la debilidad y la flaqueza del género humano. Recelo que la naturaleza, habiéndonos dado un cuerpo deleznable y atormentado además por enfermedades y deseos incurables, nos haya dado también un alma aquejada de los mismos males del cuerpo, y atormentada además por angustias y molestias propias suyas. Pero ni esto mismo me hace arrepentir de mi opinión, al considerar que he medido la virtud, no por la virtud misma, sino por la flaqueza de otros hombres, y quizá por la mía propia. Si es cierto que existe la virtud (y para mí desterró toda duda tu tío, oh Bruto), ella ha de ser tal que se sobreponga á todos los accidentes que pueden aquejar al hombre, y desprecie todos los casos humanos, y exenta de toda culpa, no crea que nada la pertenece sino es ella misma. Pero nosotros, acrecentando todas las adversidades futuras con el miedo y todas las adversidades presentes con la tristeza, queremos condenar á la naturaleza, más bien que condenar nuestros propios errores.

Pero contra esta culpa y contra los demás vicios y pecados nuestros hemos de buscar en la filosofía segura curación. Y habiéndonos llevado al seno de la filosofía desde los primeros años de nuestra juventud nuestra voluntad y afición, á ese mismo puerto de donde yo antes había salido, me refugio ahora, aquejado por esta grave tempestad. ¡Oh filosofía, señora de la vida! ¡oh filosofía, indagadora de la virtud y ahuyentadora de los vicios! ¿Qué hubiéramos podido conseguir sin tí nosotros, y aun el género humano en absoluto? Tú fundaste las ciudades, tú juntaste en sociedad á los hombres dispersos, tú los enlazaste en-

tre sí, primero con el domicilio y luego con el matrimonio, finalmente con la comunicación de letras y de palabras. Tú fuiste inventora de las leyes, tú maestra de las costumbres y de la disciplina. A tí nos refugiamos, tu auxilio pedimos, á tí nos entregamos totalmente, ya que antes nos habíamos entregado sólo en parte. Un solo día vivido bien y conforme á tus preceptos debe ser antepuesto á una eternidad de pecados. ¿Qué riquezas antepondremos á las tuyas? Tú nos comunicaste la serenidad de la vida y desterraste los terrores de la muerte.

Pero mucho les falta á los hombres para reconocer todos los servicios que deben á la filosofía, la cual, despreciada por los más, es vituperada por otros muchos. Y ¿hay alguno que se atreva á cometer el parricidio de vituperar á la madre de su vida? ¿Habrà alguien tan impío y tan ingrato que se atreva á acusar á aquellos á los cuales debería respetar, aunque no pudiera comprenderlos? Pero, según creo, este error y esta confusión ha prevalecido en el ánimo de los indoctos, porque no pueden extender más allá sus miradas, ni creen que fueron filósofos los que por primera vez civilizaron la vida humana.

Yo confieso que el nombre es moderno, pero afirmo que la cosa es antigua. Y en cuanto á la sabiduría misma, ¿quién se atreverá á negar no sólo que es realmente antigua, sino que también lo es su nombre? Y ¿á qué cosa concedían antes los antiguos este nombre hermosísimo de sabiduría, sino al conocimiento de la vida humana y del principio y de la causa de todo sér? Así florecieron aquellos siete varones que los Griegos llamaron sabios, y muchos siglos antes había florecido Licurgo, en cuyo tiempo dicen que vivió Homero antes de fundarse nuestra ciudad. Sabemos que en la edad heroica existieron Ulises y Néctor, y que fueron tenidos por sabios. Y no se hubiera dicho que Atlas subió al cielo, ni que Prometeo estuvo enclavado en el Cáucaso, ni que Cepheo fué convertido en estrella con su mujer, con su

hijo, con su yerno y con su hija, si los conocimientos divinos que estos hombres tuvieron de las cosas celestiales no hubiesen dado nacimiento á la fábula. Desde entonces los que dedicaron sus estudios á la contemplación de la naturaleza fueron llamados sabios, y su nombre llegó hasta la edad de Pitágoras, del cual escribe Heráclides Pontico, discípulo de Platón y varón doctísimo, que vino á Phliunte y que disputó allí docta y copiosamente con Leonte, príncipe de los Thiasios. Y habiéndose admirado Leonte de su ingenio y de su elocuencia, le preguntó qué arte profesaba. Él respondió que no sabía ciencia ninguna, pero que era filósofo. Admirado Leonte con la novedad del nombre, le preguntó quiénes eran los filósofos y qué diferencia había entre ellos y los demás hombres. Respondióle Pitágoras que la vida humana se parecía á un mercado de los que se celebraban en la temporada de los juegos, con grande aparato y concurrencia de todos los Helenos. Pues de la misma suerte que allí buscaban algunos con los ejercicios de sus cuerpos la gloria y la nobleza, y otros venían en busca de las ganancias y del lucro que se adquiere por medio de las compras y de las ventas, había otro linaje de hombres, el más noble y más generoso de todos, los cuales no buscaban ni el aplauso ni el lucro, sino que venían á ver y considerar lo que se hacía y de qué modo. De la misma manera nosotros, semejantes á los que vienen de una ciudad á un célebre mercado, nosotros también, venidos á esta vida, descendiendo de otra naturaleza superior, unos servimos á la gloria, otros al dinero, y son muy raros entre los hombres los que, despreciando todas las cosas humanas, aplican sus fuerzas al estudio de la naturaleza. Estos se llaman estudiosos de la sabiduría, ó, lo que es lo mismo, filósofos. Y así como en un mercado es más noble y liberal la contemplación exenta de lucro, así en la vida aventaja mucho á todos los demás empleos de la actividad, la contemplación y el conocimiento de las cosas.

Y no sólo fué Pitágoras inventor del nombre, sino amplificador de la cosa misma, porque habiendo venido á Italia después de esta conversación con Leonte, civilizó la Magna Grecia por medio del derecho público y privado y con las instituciones y con las artes, de las cuales quizá hablaremos en otro tiempo. Entre los antiguos filósofos hasta el tiempo de Sócrates, que había oído á Arquelaos, discípulo de Anaxágoras, se trataba de los números y de los movimientos, y en dónde nacían y en dónde acababan, y se inquirían estudiosamente las magnitudes de las estrellas, y el intervalo y el curso de los cuerpos celestes. Sócrates fué el primero que trajo del cielo la filosofía, y la colocó en las ciudades, y la introdujo en las moradas de los hombres, y la obligó á disputar sobre la vida y las costumbres y las cosas buenas y malas. Su múltiple sistema de disputar, y la variedad de cosas que ha escrito, y la magnitud de su ingenio, consagrado por la historia y por las letras de Platón, produjo muchas escuelas de filosofía opuestas entre sí. De las cuales el fruto mayor ha sido aplicar el método socrático para sacar á otros de su error, ocultando nosotros nuestro parecer, conformándonos en toda cuestión con lo más verosímil. Este método seguía el agudísimo y elocuentísimo Carneades, y yo también le he practicado muchas veces y ahora mismo en el Tusculano. Las disputas de los cuatro días anteriores ya te las he enviado en otros tantos libros. El quinto día, sentados en el mismo lugar, hablamos de esta manera:

OYENTE. — No me parece que la virtud baste para la vida feliz.

MARCO. — A mi amigo Bruto sí que se lo parecía; y yo, con paz tuya, te diré que estimo su parecer en más que el tuyo.

OYENTE. — No lo dudo; pero ahora no se trata de saber cuánto le amas, sino que quiero que te hagas cargo de la proposición que yo he sentado.

**MARCO.**—¿Niegas tú que la virtud baste para la vida feliz?

**OYENTE.**—Rotundamente lo niego.

**MARCO.**—Y ¿qué quieres decir con eso? ¿Te parece á tí que para vivir recta, honesta y gloriosamente, en una palabra, para vivir bien, hay bastante ayuda en la virtud?

**OYENTE.**—Ciertamente que me lo parece.

**MARCO.**—¿Puedes, por consiguiente, no llamar infeliz al que vive mal, ó niegas que viva felizmente el que confiesas que vive bien?

**OYENTE.**—¿Cómo lo he de negar! pues aun en el tormento se puede vivir recta, honesta y laudablemente, es decir, con constancia, sabiduría y fortaleza. Todas estas cualidades pueden mostrarse hasta en el potro del suplicio, al cual ciertamente no aspira la vida feliz.

**MARCO.**—¿Quieres dar á entender que la vida feliz queda fuera de la puerta y de los umbrales de la cárcel, cuando la constancia, la gravedad, la fortaleza, la sabiduría y las demás virtudes son arrebatadas al suplicio y no rehuyen ningún dolor?

**OYENTE.**—Si procuras convencerme, has de buscar algún argumento nuevo. Estos otros no me convencen, no sólo porque son vulgares, sino mucho más porque á la manera que el vino flojo nada puede en el agua, así estos dogmas de los Estoicos agradan más gustados que bebidos. Así diré que las virtudes puestas en el ecúleo ofrecen una imagen de tanta dignidad ante los ojos, que parece que ninguna felicidad puede abandonar á las virtudes en tal ocasión. Si ninguna virtud carece de prudencia, la prudencia misma basta para entender que no todos los buenos son felices, y todo el mundo recuerda á este propósito la historia de Marco Atilio, de Quinto Cepión, de Marco Aquilio, y cuando la vida feliz, arrastrada más bien por ese fantasma que por la realidad misma, intenta ir al ecúleo, la misma prudencia la retiene, negando que el sumo bien tenga nada que ver con los dolores y el tormento.

MARCO.—Fácilmente te consiento que procedas de ese modo, aunque me parece injusto que tú señales el orden de mis razonamientos. Pero ahora te pregunto: ¿crees que hemos llegado á alguna conclusión en los días anteriores, ó no lo crees?

OYENTE.—Creo que verdaderamente hemos hecho algo.

MARCO.—Si es así, esta cuestión ha llegado ya á su término.

OYENTE.—Y ¿de qué modo?

MARCO.—Porque las pasiones turbulentas, y los movimientos arrebatados, y el impetu inconsiderado del ánimo que rechaza toda razón, no dejan ninguna parte libre para la vida feliz. ¿Quién puede no ser desdichado cuando teme la muerte y el dolor, de las cuales cosas una le amenaza siempre y la otra es inevitable? ¿Y qué diremos cuando teme la pobreza, la ignominia, la infamia, la debilidad, la ceguera, y finalmente la servidumbre, que es un mal que amenaza no solo á cada hombre, sino á los pueblos más poderosos? El que teme esto ¿puede ser feliz? Y ¿qué diremos del que no teme estas cosas solamente como futuras, sino que las padece reales y presentes? Añade á esto el llanto y la orfandad. ¿Quién quebrantado por estos males puede dejar de ser infelicísimo? Y ¿qué pensaremos de aquél á quien vemos inflamado y furioso por la liviandad, apete-ciéndolo todo con rabioso é insaciable apetito, y tanto más sediento cuando más afluyen á él los deleites y más vive y se sumerge en ellos? No le llamarás con razón [infelicí-simo? Y ¿qué decir de aquel otro inflamado en su livian-dad, vanamente temerario y jactancioso en estériles ale-grias? ¿Por ventura no será tanto más infeliz cuanto mas él se juzgue dichoso? Y así como estos son desdichados, por el contrario son felices aquellos á los cuales ningún miedo aterra, ninguna codicia devora, ninguna liviandad estimula, ninguna estéril alegría los hace derramarse en lánguido deleite: y como decimos que el mar está tran-

quilo cuando el aura más leve conmueve sus olas, así el ánimo parece quieto y tranquilo, cuando no hay pasión alguna que pueda moverle. Y si existe algún hombre que haya conseguido hacer tolerable la violencia de la fortuna y todos los accidentes humanos que puedan acaecerle, de tal manera que ni el temor ni la angustia puedan llegar á él, y si este hombre además no desea nada, ni se deja arrastrar por ningún género de turbación del espíritu, ¿qué razón habrá para que á este hombre no le llamemos feliz? Y si todo esto se consigne por medio de la virtud, ¿cómo hemos de decir que la virtud por sí sola no puede hacer al hombre dichoso?

OYENTE.—No se puede negar que los que nada temen, y nada les angustia, y nada desean, y por ninguna alegría desapoderada son conmovidos, sean felices, y esto te lo concedo. Pero lo otro no es tan claro, porque ya hemos probado en disputas anteriores que el sabio está exento de toda pasión.

MARCO.—Me parece que esta cuestión está enteramente resuelta.

OYENTE.—O poco menos.

MARCO.—Pero este método más bien es de matemáticos que de filósofos. Los geómetras, cuando quieren enseñar algo, se valen de alguna cosa que antes han demostrado y dan ya por concedida y probada, y explican sólo aquellas proposiciones de que no han escrito antes. Pero los filósofos, sea cualquiera el asunto que traen entre manos, ponen en él todo lo que saben, aunque en otro lugar lo hayan disputado ya. Y si esto no fuese, ¿cómo podrían hablar tanto los Estoicos cuando les preguntan si la virtud basta para la vida dichosa? Bastante tendrían con responder qué ya han probado antes que no hay otro bien sino la honestidad, y que por consecuencia para la vida feliz basta la virtud, y que siendo esta consecuencia legítima, lo es también otra, es á saber, que la vida feliz no requiere

otra condición que la virtud, por donde necesariamente no hay otro bien sino la honestidad. Pero no proceden así. De la honestidad y del sumo bien hacen libros separados, y aunque de ellos se deduce claramente que la virtud tiene gran fuerza para vivir felizmente, sin embargo la tratan por separado. Cada cosa debe probarse con sus argumentos y razones propias, y más cuando es de tanta importancia como esta. No creas tú que la filosofía ha hablado nunca más claramente que por boca de ellos, ni que se encierre en ella una promesa mayor ni más espléndida. ¿Qué es lo que promete, dioses inmortales! Promete conceder á los que obedezcan sus leyes y estén siempre armados contra la fortuna el tener en sí mismos todo género de recursos para la vida buena y feliz; finalmente, el ser dichosos siempre. Y prescindiendo de lo que consiga, siempre será muy digno de estimación lo que promete. Cuentan que Jerjes, colmado de todos los premios y digno de la fortuna, pero no satisfecho con su caballería, ni con el ejército de á pie, ni con la multitud de las naves, ni con el infinito peso del oro, propuso un premio á quien inventara un nuevo placer, porque él no estaba contento, ni encontrará nunca término la liviandad. Nosotros deberíamos dar un premio á quien nos trajese alguna razón nueva para creer con más firmeza lo que sustenta la filosofía.

OYENTE.—Yo también lo quisiera; pero tengo algo que replicar. Concedo que son consecuencia la una de la otra las dos proposiciones que sentaste, es decir, que siendo la honestidad el único bien, la vida feliz ha de consistir en la virtud; y al contrario, que consistiendo la vida feliz en la virtud, no hay otro bien sino la virtud misma. Pero tu amigo Bruto, siguiendo á Aristón y á Antíoco, no cree esto porque imagina que hay algún otro bien fuera de la virtud.

MARCO.—Y ¿crees tú que yo voy á hablar contra Bruto?

OYENTE.—Haz lo que quieras, porque no me toca á mí fijar el orden de la discusión. Reservaremos este punto para más adelante. Esta fué cuestión que yo traté muchas veces con Antíoco, y ahora poco con Aristón, cuando estuve en Atenas, siendo general. A mí no me parecía que nadie pudiera ser feliz cuando sufría algún mal, y es evidente que el sabio está sujeto á todos los males del cuerpo y de la fortuna. A esto me contestaban con muchos argumentos de los que Antíoco ha escrito en varios lugares. Decían que la virtud misma puede hacer por sí sola la vida feliz, pero no felicísima, y luégo enumeraban otras muchas cosas, como la fuerza, la salud, la riqueza, el honor, la gloria, las cuales se distinguen en especie, no en número, y decían que cuando todas estas cosas se agregan á la virtud, la vida feliz merece con mucha más propiedad su nombre. No es necesario apurar esto, aunque esta doctrina no me parece muy elevada, pues el que es feliz no se entiende qué es lo que puede necesitar para ser más dichoso. Si le falta algo, no puede ser ya feliz, y cuando dicen que la mayor parte de la felicidad consiste en la virtud y que cada cosa la designamos por sus cualidades principales, pueden hacerse sobre esto algunas no leves observaciones. Habiendo tres géneros de males, según la opinión de estos filósofos, al que tenga males de todos géneros, de tal manera que la fortuna le sea adversa en todos los casos y que su cuerpo esté oprimido por todos los dolores, diremos que le falta muy poco para la vida feliz, aunque le falte mucho para la felicísima. Esto es lo que no se atreve á sostener ni el mismo Teofrasto, pues habiendo dicho que los azotes, el tormento, el destierro, la orfandad tienen gran fuerza para hacer la vida mala é infeliz, no se atreve á hablar con solemnidad y grandeza, por lo mismo que pensaba humilde y bajamente.

Yo busco, sobre todo, consecuencia en las opiniones, y así no me agrada que se nieguen las consecuencias

cuando se han admitido los principios. Por eso no reprendemos al más diligente y erudito de los filósofos cuando dice que hay tres géneros de bienes, pero todos le reprenden por su libro de la vida feliz, en el cual trae tantas razones para probar que no puede ser dichoso el que es gravísimamente atormentado. Y aun parece afirmar que la vida feliz nunca puede descender á la rueda del tormento. No lo dice tan claro, pero en sustancia á esto se reduce su parecer.

Después de haber concedido este filósofo que entre los males deben contarse los dolores del cuerpo y los naufragios de la fortuna, ¿cómo me he de enojar con él cuando dice que no todos los buenos son felices, siendo así que todos los buenos están sujetos á aquella adversidad que él cuenta entre los males? En todos los libros y escuelas de los filósofos se reprende al mismo Teofrasto por haber alabado en su Calístenes aquella sentencia: «Rigió la vida por la fortuna, no por la sabiduría.» Dicen que ningún filósofo osó prorumpir en sentencia tan abatida. Y tienen razón, pero creo que nada pudo decir con más constancia, porque si son tantos los bienes del cuerpo y tantos los bienes extrínsecos á él y que dependen de la casualidad y la fortuna, ¿no es justo que valga la fortuna, que es señora de las cosas externas y las que pertenecen al cuerpo, más que la prudencia?

¿O preferiremos imitar á Epicuro, que á veces tiene sentencias excelentes, por lo mismo que no se cuida de la constancia y firmeza en sus opiniones? Alaba Epicuro la frugalidad. Sentencia es esta propia de la filosofía, aunque más propia de Sócrates ó de Antístenes que de un hombre que tiene el deleite por el sumo bien. Niega Epicuro que nadie pueda vivir agradablemente, si no vive con honestidad, sabiduría y justicia. Nada habría más grave ni más digno de la filosofía, si no refriera Epicuro al deleite esa misma honestidad, sabiduría y justicia. Y ¿qué cosa hay

mejor que vivir el sabio en honesta medianía? Pero ¿cómo un filósofo que se ha atrevido á llamar al dolor no solamente el mayor de todos los males, sino el único mal, se atreve á sostener que puede ser oprimido el cuerpo por dolores acérrimos y que puede resistir á la fortuna? Esto mismo dice con mejores palabras Metrodoro, cuando exclama: «¡Oh fortuna, ya te he vencido, ya te tengo en mi poder, ya te he cerrado toda salida, para que no puedas dominarme!» Mejor dicho estaría esto por Aristón de Chío ó por el estoico Zenón, que no tenían por torpe ninguna otra cosa sino el vicio. Pero tú, Metrodoro, que pones todo el bien en las vísceras y en las entrañas, y afirmas que depende de la buena constitución del cuerpo, ¿cómo te jactas de haber querido dominar á la fortuna? ¿Cómo, si de ese único bien que tú reconoces puedes ser despojado tan fácilmente?

En este lazo caen muchos ignorantes, y por tales sentencias siguen no pocos la secta de los Epicúreos. Pero es condición propia del que disputa con agudeza no considerar lo que dice cada cual, sino lo que debe decir. Esto lo podemos aplicar á la misma cuestión que ahora debatimos, es á saber, que todos los hombres buenos son siempre felices. Bien claro es lo que quiero dar á entender con la palabra buenos. Llamo indistintamente sabios y varones buenos á los que están adornados con todas las virtudes. Veamos ahora quiénes son los que merecen ser llamados felices. Yo creo, sin duda, que lo son los que gozan todo bien sin ninguna intervención de mal. Y cuando digo que un hombre es feliz, no quiero dar ninguna otra significación á esta palabra, sino que entiendo por felicidad la acumulación de todos los bienes con separación de todos los males. La virtud no podría conseguir esto si hubiera algún bien fuera de la misma virtud. Añadida una multitud de males (si es que les damos este nombre), tales como la pobreza, la oscuridad, la humildad, la soledad, la pérdida

de sus propios bienes, los graves dolores del cuerpo, la pérdida de la salud, la debilidad, la ceguera, el destierro, y finalmente la esclavitud. A tantos y tan grandes males (y aun pueden acaecer muchos más) está expuesto el sabio, porque todas estas cosas trae consigo la fortuna, de la cual ni el mismo sabio está exento. Y si estos son males, ¿quién puede conseguir que el sabio sea feliz siempre, siendo así que todas estas desdichas pueden aquejarle á un mismo tiempo?

No convengo, pues, fácilmente ni con mi amigo Bruto, ni con nuestros maestros comunes, ni con los antiguos filósofos Aristóteles, Speusipo, Xenócrates, Polemón, en que deban contarse entre los males los que antes enumeré, puesto que esos mismos filósofos dicen que el sabio es siempre feliz. Y si este título insigne y glorioso les agrada, como agradó á Pitágoras, á Sócrates, á Platón, deben acostumbrar su ánimo á despreciar todas las cosas cuya esplendidez los deslumbró, es decir, la fuerza, la salud, la hermosura, las riquezas, los honores, y á tener por de ningún valor las cosas contrarias á esta. Entonces podrán exclamar con verdadera convicción que ellos no se aterran ni por los ímpetus de la fortuna, ni por la opinión de la multitud, ni por el dolor, ni por la pobreza, y que todos sus bienes dependen de ellos mismos, y que no hay ninguna que esté fuera de su potestad y que ellos cuenten en el número de los bienes.

De ninguna manera puede concederse que un mismo hombre se exprese unas veces en el estilo de un varón grande y magnánimo, y otras siga la opinión del vulgo en la distinción de los males y de los bienes. Esa singularidad pretendió Epicuro, el cual muchas veces afirma que el sabio es el único hombre verdaderamente feliz. Sin duda le deslumbró la dignidad de esta opinión, pero nunca la hubiera dicho, siguiendo fielmente su propia doctrina. ¿Qué cosa hay menos conveniente que tener el dolor

por el mal sumo, ó quizá por el mal único, cuando enseña al mismo tiempo que el sabio debe exclamar al ser atormentado: oh cuán suave es el dolor! No se debe juzgar á los filósofos por sentencias aisladas, sino por todo el enlace y trabazón de su doctrina.

OYENTE.—Mucho me mueves á seguir tu parecer, pero temo que también en tí se eche de menos la constancia y firmeza de opiniones.

MARCO.—Y ¿de qué modo?

OYENTE.—Porque he leído hace poco tu libro iv sobre el sumo mal y el sumo bien, y me parece que querías probar contra Catón, y conforme á lo que yo pienso, que entre Zenón y los Pitagóricos no había más diferencia que la de las palabras. Y si esto es así, ¿cuál es la causa de que, siendo tan grande el poder de la virtud para hacer la vida feliz según la opinión de Zenón, no les sea lícito decir lo mismo á los Pitagóricos? Yo creo que debe atenderse á la realidad de las cosas y no á las palabras.

MARCO.—Me atacas con mis propios escritos y oraciones. Este modo de controversia es conveniente para los que disputan apoyándose en la ley escrita, pero nosotros vivimos al día, decimos todo aquello que en un momento dado nos parece probable, y así somos los únicos hombres libres. Yo en este lugar no trato de poner en claro si es verdad lo que afirmaba Zenón, y después de él su discípulo Aristón, es decir, que el único bien es la honestidad, ni siquiera si toda la felicidad de la vida consiste en la virtud sola. Concedámosles que el hombre feliz es siempre el sabio: tú verás si esta doctrina conviene con las demás que él profesaba. De todas maneras, ¿quién es más digno que este varón de profesar tales doctrinas? Juzguemos, pues, que él solo es el hombre más feliz de todos. Aunque Zenón de Cizico, extranjero y artífice bastante indocto de palabras, parece que deslizó en la filosofía de un modo subrepticio esta sentencia, la cual tiene muy grave apoyo nada menos que en

Piatón, en cuyos escritos muchas veces se encuentra la doctrina de que nada sino la virtud merece llamarse bueno: y así en el *Gorgias*, Sócrates, cuando le preguntan si tiene por hombre feliz á Archelao, hijo de Perdicas, que pasaba en su tiempo por afortunadísimo, responde: «No lo sé, porque nunca he hablado con él.—¿Y no lo podrías saber de otro modo?—De ninguna suerte.—¿Y tampoco podrías saber si el gran rey de Persia es feliz?—¿Y podría decirlo yo, cuando ignoro si es hombre docto y de bien?—¿Y crees tú que en esto consiste la vida feliz?—Lo que yo juzgo es que los buenos son felicísimos, y que los malvados son miserables.—Luego ¿será infeliz Archelao?—Ciertamente si es hombre injusto.» Bien se ve que hace consistir toda vida dichosa en la virtud. ¿Y qué diremos de su epitafio, cuyas palabras suenan de este modo: «Sólo aquel varón que encuentre en sí mismo todos los elementos necesarios para la felicidad, y que no esté pendiente de la dicha, ni de la desventura, ni ande errante ni á merced de otro, podrá llamarse perfectamente dichoso. Este será el varón moderado y fuerte y sabio, y hasta cuando mueran todas las grandezas del mundo, se mantendrá obediente á aquellos preceptos íntegros, y no se alegrará ni entristecerá nunca demasiado, porque siempre tendrá en sí mismo la esperanza de reparar su fortuna.»

De esta sagrada y augusta fuente de la doctrina platónica emanará todo nuestro discurso, pues ¿de dónde podremos comenzar mejor que de la naturaleza, madre común, la cual en todo lo que engendró, no solamente en los animales, sino también en todo lo que nace de tierra, quiso que todo fuese perfecto según su género? Y así, los árboles y las vides, y las plantas que son muy humildes y que apenas pueden levantarse de la tierra, las unas reverdecen, y las otras, cuando huye el invierno y la naturaleza recobra su vigor en el tiempo de la primavera, florecen, y no hay ninguna que no tenga cierto movimiento

interior y que por virtud de su propia semilla no produzca ó flores, ó frutos, ó bayas, siendo todo perfecto según su género, sin que haya fuerza alguna que pueda oponerse á esto.

Y todavía se puede conocer mejor el poder de la naturaleza en las bestias á quienes dió sentido. Porque á unas las hizo capaces de nadar y de habitar en las aguas, y á otras, que son las aves, las permitió gozar de la libertad del cielo; y á las serpientes las hizo arrastrarse por la tierra; y á unas bestias las dejó vagar solas, y á otras las congregó en sociedad; y á unas las hizo feroces, y á otras mansas y pacíficas, y á no pocas las ocultó bajo tierra. Y guardando cada cual su propio oficio, sin poder adoptar las costumbres de otra especie, todas permanecen sujetas á la ley natural. Esto que la naturaleza concede á las bestias, lo concedió todavía con más excelencia á los hombres. El alma humana derivada de la mente divina, con ninguna otra cosa sino con el mismo Dios puede ser comparada.

Esta alma humana, si es cultivada, se convierte en entendimiento perfecto, esto es, en absoluta razón, ó lo que es lo mismo, en virtud. Y si decimos que es feliz aquella naturaleza á la cual nada falta y en la cual todo es perfecto y absoluto, según su género, siendo esta condición propia de la virtud, síguese que todos los hombres que participan de la virtud serán felices. En esta opinión conviene conmigo Bruto, y convienen también Xenócrates, Speusippo y Polemón. A mí me parecen tales hombres felicísimos. ¿Qué le falta para la vida feliz al que confía más en sus propios bienes, ó por qué ha de desconfiar el que puede ser feliz? Me dirás que es cosa necesaria que desconfíe el que divide los bienes en tres partes. ¿Quién podrá confiar en la firmeza de su cuerpo, ó en la estabilidad de la fortuna? Y el que no descansa en todo bien estable, permanente y seguro, de ninguna manera puede ser feliz. Me parece aplicable á esto el dicho de aquel Espartano que

contestó á un mercader que se gloriaba de haber enviado muchas naves al mar: «No estimo mucho esta fortuna que depende de los vientos.» ¿Es cosa dudosa que no puede contarse entre los bienes lo que puede perderse? Ninguno de aquellos principios en que la vida feliz consiste, debe ser capaz de marchitarse ni de extinguirse ó decaer. El hombre que teme perder alguno de los bienes que posea, de ninguna manera puede ser dichoso. Quiero que el hombre á quien yo declare feliz esté seguro, inexpugnable, fortificado por todas partes, y libre no ya de un mal pequeño, sino de todo mal. Así como llamamos inofensivo no á quien levemente ofende sino al que no ofende nunca, así no debemos considerar libre de todo miedo á quien teme poco, sino al que carece absolutamente de temor. ¿Qué otra fortaleza hay sino la que consiste en afrontar la pelea, y en sufrir el trabajo y el dolor, libre de todo miedo? Me dirás que nada de esto sucedería si todo el bien consistiese en la sola honestidad. ¿Quién podrá tener aquella tan deseada seguridad, ó carencia de todo dolor, en la cual la vida feliz consiste, y que no puede ser turbada por esta multitud de males que aquejan al linaje humano? ¿Quién podrá ser de ánimo excelso y recto y despreciador de todos los accidentes humanos, como todos queremos que lo sea el sabio, si no hace depender de sí mismo todas las cosas? ¿No respondieron los Lacedemonios á Filipo cuando los amenazó por sus cartas que los cercaría por todas partes, no le respondieron, digo, «¿y nos prohibirás también el morir?» ¿No encontraremos un varón de tal fortaleza como la que tuvo una ciudad entera? Y si á esta fortaleza de que hablamos se añade la templanza moderadora de todas las pasiones, ¿qué puede faltarle para la vida feliz á aquel á quien la fortaleza le libra del dolor y del miedo, y á quien la templanza le aparta del apetito y de la petulancia? Yo probaría que la virtud produce todos estos

efectos, si no lo hubiese dejado fuera de toda duda en los días anteriores.

Siendo cosa averiguada que las pasiones hacen la vida infeliz, y que la tranquilidad del ánimo la hace dichosa, y naciendo de dos raíces distintas las pasiones según que el dolor y el miedo se refieran al mal que se espera, ó la alegría y el apetito se refieran á los bienes pasados, y siendo todas estas cosas contrarias á la razón y al orden, ¿dudarás tú en llamar feliz al hombre que está suelto y libre de estas tan graves perturbaciones, y tan reñidas y contradictorias entre sí? Es así que el sabio se halla en tal situación; luego siempre el sabio es dichoso. Es evidente que todo bien merece alegría, y que todo lo que es digno de alegría lo es también de alabanza, y que todo lo que es digno de alabanza merece gloria, y que todo lo que merece gloria es también honesto; luego lo que sea bueno no puede menos de ser honesto. Sin embargo hay filósofos que al celebrar lo bueno no lo llaman honesto. Pero yo afirmo que sólo es honesto lo bueno; de donde se infiere que ni la sola honestidad está separada de la vida feliz, ni hemos de tener por bienes los que puede disfrutar amplísimamente un hombre infelicísimo.

¿Dudas tú en llamar infeliz á un hombre de excelente salud y fuerza, notable por su hermosura, y que tenga íntegros sus sentidos, y aun puedes añadirle, si quieres, ligereza, velocidad, riquezas, honores, poder y gloria, si al mismo tiempo es injusto, destemplado, tímido y de torpe y perezoso ingenio? ¿Qué bienes son estos que no impiden llamar desdichado á quien los posee? Así como el montón recibe el nombre de los granos que contiene, así la vida feliz recibe el nombre de las partes de que se compone. Si esto es así, de los bienes que son la única cosa honesta, de ellos ha de componerse la felicidad. Si están mezclados con otras cosas de distinta especie, nunca podrá gozar de ellos la honestidad. Y si quitamos éstos, ¿en

qué podemos hacer consistir la dicha? Todo lo que existe ha de desearse en cuanto es bueno: y lo que es digno de ser deseado ha de ser aprobado, y lo que es aprobado ha de ser tenido por cosa grata y apetecible, y hay que aplicarle la categoría de dignidad; y siendo esto así, necesariamente ha de ser digno de alabanza. Es así que todo bien es digno de alabanza; luego todo lo que es honesto puede tenerse por bueno. Si no admitimos éstos, tendremos que multiplicar extraordinariamente los bienes. Dejo aparte las riquezas y no las cuento entre los bienes, ya que las puede tener cualquiera por indigno que sea. Pero los bienes verdaderos no los puede tener cualquiera. Dejo también aparte la nobleza y la fama popular, que nacen de la voz de los necios y de los malvados. Según el sistema de estos filósofos, á todas estas cosas de tan infame ralea tendremos que llamarlas bienes, y tendremos que llamar bienes á los dientes blancos, á los ojos hermosos, al buen color y aquellas condiciones que Euriclea alaba en Ulises, la dulzura de la oración y el blando cuerpo. Y si tenemos todos estos por bienes, ¿qué cosa habrá en la gravedad del filósofo más digna de alabanza ó más grande, puesta en cotejo con la opinión del vulgo y de los necios?

Los filósofos creen salir de la dificultad llamando cosas *principales* á lo que estos llaman bienes; pero ellos mismos niegan que de tales cosas pueda resultar la vida feliz, mientras que los otros filósofos la creen nula sin la agregación de esos bienes, y aun concediéndola que sea feliz, la niegan el título de felicísima. Pero nosotros la tenemos por muy dichosa, y lo confirmamos con una sentencia de Sócrates. Aquel príncipe de la filosofía enseñaba que el hombre era lo que son sus afectos, y que como era el hombre, tales era sus discursos, de tal modo que los hechos correspondían á las palabras y la vida á los hechos. Los afectos del alma en un hombre de bien son laudables, y por consiguiente es laudable la vida de un hombre feliz, y es honesta

porque es laudable; de donde se infiere que la vida de los hombres de bien es dichosa.

¡Por los dioses y los hombres! ¿Acaso no hemos demostrado bastante en nuestras anteriores disputas (¿ó las hemos tenido por causa de deleite y ociosidad?) que el sabio está libre de toda pasión y que siempre reina en su alma placidísima serenidad? ¿No será feliz un hombre templado, constante, sin miedo, sin dolor, sin apetito alguno? Es así que el sabio reúne todas estas cualidades; luego el sabio será siempre feliz. Y un hombre de bien ¿cómo no ha de referir á lo que es laudable cuanto él hace y siente? Todo lo refiere, pues, á la felicidad de la vida, luego la vida feliz es laudable. Es así que no hay nada laudable sin virtud; luego la vida dichosa se funda en la virtud.

Esto también se demuestra de otro modo. No hay en la vida infeliz nada digno de alabanza, nada glorioso, ni lo hay tampoco en aquella vida que no es ni infeliz ni dichoso. Es así que hay en la vida algo digno de alabanza, como lo prueba el dicho de Epaminondas: «Por nuestra prudencia fué abatida la gloria de los Lacedemonios,» y aquellas otras palabras de Scipión el Africano: «Tras del nacimiento del sol, más allá de la laguna Meotis, no hay nadie que pueda igualar la gloria de mis hechos.» Siendo esto así, la vida feliz es digna de alabanza y encomio, y no hay ninguna otra cosa que merezca ser elegida. Supuestos estos principios, fácil es entender las consecuencias. En primer lugar, si la vida dichosa no es lo mismo que la vida honesta, ¿será honesto que haya algo preferible á la vida feliz? Todo el mundo conocerá que lo que es honesto es siempre mejor. ¿Habrà, pues, algo mejor que la vida feliz? Y ¿quién puede tolerar tal contradicción? ¿Cómo se ha de comprender esto, cuando por otra parte se confiesa que los vicios influyen mucho en las desgracias de la vida? ¿No hemos de afirmar también que las virtudes tienen una fuerza singular para hacer la vida dichosa? De las proposiciones

contrarias se deducen contrarias consecuencias. Y ahora te pregunto: ¿qué valor tiene aquella balanza de Critolao, que coloca en uno de los platillos todos los bienes del alma y en otro todos los bienes corporales y externos, y opina que el platillo del bien pesa tanto que basta á deprimir la tierra y el mar?

¿Qué es lo que impedirá á estos filósofos, ó á Xenócrates, que tanto ensalzaa el valor de la virtud, que lleguen á menospreciar todas las demás cosas hasta el punto de hacer consistir en la virtud sola, no ya la vida feliz sino la vida felicísima? Si esto no fuera así, fácilmente se seguiría la muerte de todas las virtudes. Es necesario que quien está sujeto al dolor esté sujeto también al miedo, siendo el miedo la solícita expectación de un mal futuro, y que quien esté sujeto al miedo lo esté también al temor, al pavor y á la cobardía, de tal modo que se deje vencer por este afecto alguna vez y no se aplique á sí mismo aquel precepto de Atreo: «Fortifíquense de tal manera en la vida que no lleguen nunca á ser vencidos.» Pero los hombres apasionados no sólo serán vencidos sino sujetos además á servidumbre. Nosotros queremos una virtud siempre libre, siempre invicta. Si desterráis estas cualidades, quitáis también de en medio la virtud.

Pero si en la virtud hay bastante defensa para vivir bien, debe haberla también para la vida dichosa. Ciertamente que la virtud nos da harto auxilio para vivir con fortaleza. El vivir con fortaleza lleva consigo el mostrar magnanimidad, y el no dejarse aterrado por cosa alguna y permanecer siempre invicto. Síguese de aquí el no arrepentirse de nada, y no sentir ningún obstáculo, y no flaquear en ningún deber. Todo se hará, pues, fácil y próspero, y por consiguiente con felicidad. Si la virtud basta para vivir con fortaleza, basta también para ser feliz. Así como la necesidad aun después de haber conseguido lo que quiso, nunca se juzga satisfecha, así la sabiduría se contenta siem-

pre con lo que tiene y nunca está pesarosa de sí misma.

Si estuviera en tñ potestad escoger entre el consulado único de Lelio ó los cuatro consulados de Cinna, ¿dudaría en preferir el de Lelio, aunque fuese único y hubiese sufrido en él repulsa, si es que cuando un hombre sabio y honrado, como él lo fué, es vencido por los sufragios, no es el pueblo quien recibe la ofensa viéndose privado de un buen cónsul? No dudo lo que responderías; y en verdad que á otro no me atrevería yo á hacerle tal pregunta. Otro me respondería, quizá, que él no sólo antepone los cuatro consulados á uno solo, sino un solo día de Cinna á toda la vida de muchos é ilústres varones. Si Lelio hubiera tocado con el dedo á alguien, sin duda habría sido castigado; pero Cinna mandó cortar la cabeza al cónsul Cneo Octavio, y á Publio Craso, y á Lucio César, hombre nobilísimo y acreditado en paz y en guerra, y á Marco Antonio, el más elocuente de todos los hombres á quienes yo he oído, y á Cayo César, que me pareció siempre el mayor dechado de humanidad, de sal, de gracia y de donaire. Y ¿le llamaremos feliz porque los mató? A mí, al contrario me parece infelicísimo, no sólo porque lo hizo, sino por haber tenido tal fortuna que le fué lícito hacerlo, si es que el obrar mal es lícito á alguna persona. Pero este es realmente un abuso de palabras. Porque también llamamos lícito lo que es posible á cada cual.

Pero ¿á quién llamaremos más feliz, á Cayo Mario cuando compartió la gloria de la victoria cimbrica con su colega Catulo, tan semejante á Lelio que podríamos llamarle otro Lelio, ó cuando, vencedor en la guerra civil, respondió airado á los parientes de Catulo que le pedían su perdón: «Muera, una y mil veces?» Por mucho más feliz tengo á quien obedece á esta voz nefanda que al que la pronunció de una manera tan indigna. Así como es más honrado recibir que causar la injuria, así considero muy preferible presentarse con frente serena ante la

muerte cuando se acerca, como hizo Catulo, que lo que hizo Mario, afrentando con la muerte de tan gran varón sus seis consulados, y deshonorando para siempre los últimos años de su vida.

Por espacio de cuarenta y dos años ejerció Dionisio la tiranía en Siracusa, y á los veinticinco había llegado á la dominación. ¡Cuán hermosa y opulenta ciudad tuvo sometida á servidumbre! Sin embargo, leemos de este hombre, en muy buenos y autorizados escritores, que tuvo gran templanza de vida, y que se mostró en los negocios varón agudo é industrioso, aunque por naturaleza era maléfico é injusto. Lo cual á quien examine profundamente las cosas debe parecerle mayor razón para considerarle como desdichado. Porque las mismas cosas que tanto había deseado, ni siquiera las gozó cuando le parecía que las tenía en su poder todas. Habiendo nacido de buenos padres y de honrada familia (si bien varían muchos escritores en cuanto á su linaje), y habiendo tenido mucha comunicación con sus amigos y deudos, y además, según la costumbre de los Griegos, algunos adolescentes unidos á él por el vínculo del amor, sin embargo no se fiaba de nadie, y sólo se atrevía á confiar la custodia de su persona á algunos extranjeros y bárbaros, á quienes había elegido de entre los siervos de las familias ricas de Siracusa, quitándoles el nombre de esclavitud. Así, por su injusto apetito de dominación, se había encerrado dentro de una estrecha cárcel, y por no entregar su cuello al barbero hacía que sus mismas hijas le afeitasen.

De esta manera, aquellas regias princesas, con artificio sórdido y propio de esclavos, cortaban la barba y el cabello á su padre. Pero, cuando ya fueron adultas, quitó de sus manos el hierro y las enseñó á rizarle las barbas y el cabello con un hierro candente. Y teniendo dos mujeres, Aristomacha, concudadana suya, y Doris, Locrense, no se atrevía á visitarlas de noche, sin haber examinado

antes y registrado todo el palacio. Y habiendo rodeado su lecho de un amplio foso, echando sobre él un puentecillo de madera, levantaba este puente después de haber cerrado la puerta de su alcoba. No se atrevía á arengar al pueblo sino desde una torre muy alta. Un día que se entregaba á su acostumbrado ejercicio del juego de pelota, entregó á un adolescente, á quien amaba mucho, su túnica y su espada. Y habiendo dicho, sonriéndose, uno de sus familiares: «A ese muchacho le has confiado tu vida», á lo cual contestó el joven con otra sonrisa, mandó el tirano degollarlos á los dos: al uno porque había descubierto un camino para matarle, y al otro porque había aprobado las palabras del anterior con su risa. Esto le ofendió tanto, que nada le pareció más grave en su vida, puesto que llegó á matar al mismo á quien tan vehementemente amaba.

Así se mueve en las direcciones más contrarias el apetito de los tiranos, dando á entender con ello cuán lejanos están de la felicidad. Bien lo probó el mismo Dionisio cuando Damocles, uno de sus aduladores, alababa con largos razonamientos su fausto, la majestad de su dominación, la abundancia de sus riquezas, la magnificencia de sus palacios, y negaba que hubiese nadie más dichoso que él. «¿Querás, oh Damocles, le replicó, ya que tanto te deleita esta vida, gozarla tú mismo y experimentar mi fortuna?» Habiendo Damocles dicho que la deseaba, mandó Dionisio colocarle en un lecho de oro, en un estrado bellísimo con ricas almohadas y magníficas pinturas, é hizo poner en torno de él abundancia de plata y oro cincelado. Mandó que le asistiesen á la mesa esclavas selectas y de notable hermosura, y que le sirviesen conforme á su capricho. Añadió á esto unguentos y coronas, mandó quemar deliciosos perfumes y cubrir la mesa de manjares exquisitos. Creíase feliz Damocles, cuando en medio de todo este aparato vió que pendía del artesonado techo una espada fúlgida, pendiente de una crin de caballo, y amenazando

continuamente á las cervices de aquel varón que se creía tan dichoso. Y fué tal su terror, que ni miraba á las hermosas esclavas, ni á la plata cincelada, ni alargaba la mano á la mesa, y de la frente se le caían las coronas, hasta que al fin rogó al tirano que le permitiera retirarse, porque ya no quería ser dichoso. «¿Te parece, dijo Dionisio, que nadie puede llamarse feliz cuando algún peligro le amenaza siempre?» Ni siquiera le hubiera bastado el observar la justicia y devolver á sus conciudadanos la libertad y el derecho, porque ya desde muy joven se había acostumbrado á la tiranía, cometiendo tales maldades que no hubiera podido librarse del castigo. Pero cuánto deseaba la amistad y cuánto temía la infidelidad de los hombres, bien lo declaró en el caso de aquellos dos amigos pitagóricos, de los cuales el uno se había dado por fiador de la muerte del otro, y Dionisio exclamó: «Ojalá me contarais por el tercero en vuestra amistad.» ¡Cuán gran desdicha era para él carecer del trato amistoso, de la sociedad y de las alegrías familiares! Y debía sentirlo tanto más, cuanto que era hombre docto y educado desde niño en las artes liberales. Sabemos que era muy aficionado á la música, y también poeta trágico: si bueno ó malo, nada importa para el caso; aunque en la poesía, más que en otra arte alguna, á cada cual le parecen las mejores sus obras propias. Todavía no he conocido á ningún poeta, y eso que tuve amistad con Aquinio, que no se creyera el mejor del mundo. Así somos los hombres. A tí te deleitan tus cosas, á mí las mías. Pero volviendo á Dionisio: vivía y vegetaba con facinerosos y bárbaros, y no quería por amigo suyo á ninguno que fuese digno de libertad, ó que tuviera el menor deseo de ella. No me atreveré yo á comparar la vida de este hombre, que fué la más triste, mísera y detestable, con la vida de Platón ó de Architas, hombres doctos y verdaderamente sabios.

Pero en la misma ciudad de Siracusa levantaremos del polvo á un hombre humilde que floreció muchos años des-

pués: Arquímedes, cuyo sepulcro, ignorado por los Siracusanos y rodeado de zarzas y espesos matorrales hasta el punto de haberse perdido todo rastro de él, descubrí yo siendo cuestor de Siracusa. Yo tenía ciertos versos *senarios*, copia de otros que habían sido inscriptos en su monumento, los cuales declaraban que había en su sepulcro una esfera con un cilindro. Después de haber recorrido todos los innumerables sepulcros que hay cerca de la puerta de Agrigento, vi una pequeña columna que no se levantaba mucho de los matorrales, en la cual estaba la figura de la esfera y del cilindro. Yo dije entonces á los principales Siracusanos que estaban conmigo, que creía haber encontrado lo que tanto buscaba. Comenzaron muchos con hoces á abrir el camino hasta descubrir el sepulcro. De este modo pudimos penetrar hasta el otro lado de la base. Apareció un epigrama, medio borradas las últimas palabras de los versos. De esta manera una ciudad de las más ilustres de Grecia, y en otro tiempo la más docta, hubiera ignorado el monumento sepulcral de un ciudadano suyo tan ilustre, si no lo hubiese aprendido de un hombre de Arpino. Pero volvamos nuestro discurso al punto de donde se ha apartado. ¿Qué hombre hay que tenga algún trato y comercio con las musas, esto es, con la humanidad y con la doctrina, y no prefiera ser más bien este matemático que aquel tirano? Si atendemos al método de vida y á las acciones de cada cual, veremos que la mente del uno se alimentaba con la indagación de la verdad, que es suavísimo pasto del alma, al paso que la del otro no tenía más ocupación que la muerte y la injuria, y estaba agitado por un continuo miedo de noche y de día. Comparadle con Demócrito, con Pitágoras, con Anaxágoras. ¿Qué reinos, qué riquezas podéis anteponer á sus estudios y deleites? Yo creo que el bien mayor del hombre debe buscarse en aquella parte que es más excelente en él. ¿Y qué hay en el hombre mejor que el entendimiento sagaz y

firme? De tal bien debemos gozar, si queremos ser felices. Es así que el bien mayor del alma es la virtud; luego es necesario que en la virtud consista la vida feliz. Por eso todo lo que es honrado, glorioso y excelente viene lleno de goces, como antes dije y lo explicaré todavía más. Y siendo claro y evidente que la vida feliz se compone de goces continuos y plenos, síguese que consiste en la honestidad. Pero para que no los reduzcamos todo á una cuestión de palabras, hemos de poner ciertos móviles y razones que nos guíen al conocimiento é inteligencia de esta verdad. Imaginemos un varón excelente en todas las artes del espíritu; supongámosle, ante todo, dotado de excelente ingenio, porque la virtud no suele albergarse en los entendimientos tardíos. Concedámosle, además, un ardor increíble por la investigación de la verdad, de donde nace un triple fruto del alma: consiste el uno en el conocimiento de las causas y en la explicación de la naturaleza; el otro en huir de las cosas, ó en apetecerlas; el tercero en juzgar de la conveniencia, ó de la repugnancia. En esto consiste toda la sutileza del discurrir y toda la verdad del juicio. Y ¡qué goce llenará el alma del sabio que habite y pernocte con tales cuidados, cuando considere el movimiento y revolución del mundo, y las innumerables estrellas del cielo, fijas en sus mansiones determinadas, y vea á los siete planetas eumplir su curso, sujetos á una ley constante y firme! La contemplación de ellos movió á los sabios antiguos á más alta investigación. De aquí nació la indagación de los principios de las cosas y de las semillas de donde habían nacido, y cómo habían sido engendradas, y cual era el origen de cada una de las especies animadas ó inanimadas, mudas ó con voz, y cuál era su vida y cuál su muerte, y cuáles las vicisitudes y mutaciones de una especie en otra, y cuál el origen de la tierra, y qué peso el que la sostiene, y qué cavernas equilibran el mar, y de qué manera todas las cosas creadas buscan, por la

ley de la gravedad, el centro del mundo. Después que los sabios habieron pasado muchas noches y muchos días en tal pensamiento, nació, dictado por el oráculo de Delfos, aquel otro precepto de conocerse el entendimiento á sí mismo, y reconocerse como enlazado con el entendimiento divino. Y de aquí insaciable gozo. El mismo pensamiento sobre la naturaleza y poder de los dioses encendió el deseo de imitar su eternidad, y no me parece tan breve la vida cuando la veo ocupada en investigar los principios de las cosas y enlazarlos entre sí. Pues aunque sea eterno y continuo su movimiento, es eterna la fuerza moderadora de la razón. El ánimo que todas estas cosas vea y considere con tranquilidad, mirará las cosas humanas como pequeñas é inferiores. De aquí nació el conocimiento de la virtud: por eso florecieron las virtudes todas, y se entendió cuál es en la naturaleza el bien sumo, cuál es el mal extremo, y á qué principio se han de referir las obligaciones humanas, y cuál es el modo más digno de ejercitar la vida. Con cuya averiguación lógrase el mayor bien que en esta disputa buscamos, es á saber, que la virtud se contente consigo misma para la vida dichosa.

Á estos dos géneros de filosofía natural y moral se agrega otro tercero, el cual se difunde y extiende por todas las partes de la sabiduría, y consiste en definir las cosas, y distinguir el género, y añadir las consecuencias, y sacar las conclusiones, y distinguir lo verdadero de lo falso: ciencia, en verdad, muy útil para la recta estimación de las cosas. Eso mismo agranda y ennoblece los deleites y les hace más dignos del sabio. Pero todas estas cosas son compatibles con el retiro y aun con la ociosidad. Imaginemos que este sabio pasa al gobierno de la república: ¿quién podrá haber más excelente que él, pues con la prudencia podrá conocer lo que es más útil para sus conciudadanos, y con la justicia se guardará mucho de cometer ninguna iniquidad en provecho propio, y

pondrá, además, en práctica todas las otras tan numerosas virtudes? Añade á esto el fruto grande de la amistad, en la cual hace consistir el sabio no sólo la prudencia y régimen discreto de toda la vida sino un agrado extraordinario que nace del trato cotidiano. ¿Qué cosa puede desear la vida para ser más feliz? La misma fortuna es preciso que se reconozca vencida ante tantos y tan excelentes bienes. Y si en gozar de tales virtudes consiste la felicidad, y todos los sabios abundan en estos goces, necesario es confesar que todos los sabios son felicísimos.

OYENTE.—¿Aun en el tormento?

MARCO.—Y ¿crees que cuando yo hablaba de la felicidad, quise decir que sólo podía gozarse entre las rosas ó entre las violetas? ¿Le será lícito á Epicuro, que alguna vez toma la máscara de filósofo y se apropia tal nombre, quizá con palabras muy dignas de aplauso, en mi concepto, si no fuera él quien las dijese, que no hay para el sabio tiempo alguno (aunque él sea abrasado, atormentado y descuartizado) en que no pueda exclamar: «todo esto no lo estimo en nada?» Si bien es verdad que el mismo Epicuro hace consistir todo mal en el dolor, y todo bien en el deleite, y se burla de la diferencia que nosotros establecemos entre lo honesto y lo torpe. Él dice que nosotros, ocupados con las palabras, preferimos solo vanos sonidos, y que en realidad nada puede afectar á nadie más que los objetos blandos ó ásperos que se acercan á su cuerpo. ¿Le será lícito á un filósofo que no difiere mucho en su juicio del de las bestias, ocuparse hasta tal punto en su parecer y despreciar la fortuna, siendo así que para él todo bien y todo mal está sujeto á ella, y decir que el sabio es feliz aun en medio del tormento, cuando antes ha afirmado que el dolor es no sólo el sumo mal, sino también el mal único?

Y sin embargo no ha juntado para resistir al dolor aquel remedio que otros filósofos inquirían, es decir, la firmeza

de alma, el temor de toda afrenta, el ejercicio y la costumbre de sufrir los preceptos de la fortaleza, la dureza viril, sino que dice que él se aquieta con el solo recuerdo de los deleites pasados, como si alguno, encontrándose abrasado y no pudiendo resistir la fuerza del calor, se acordara de que alguna vez se había visto rodeado de agua en nuestro Arpino. Yo no comprendo de qué manera el deleite pasado puede sosegar el mal presente.

Y si el mismo Epicuro dice que el sabio siempre es feliz, aunque tal afirmación sea contraria de todo en todo al resto de sus opiniones, ¿qué hemos de hacer con aquellos que nada juzgan apetecible, ni digno de ponerse en el número de los bienes, sino la honestidad? En mi concepto, aun los Peripatéticos y los antiguos Académicos dejan alguna vez de balbucir, y abiertamente y con clara voz se atreven á asegurar que la vida dichosa puede descender hasta el toro de Falaris.

Admitamos que son tres los géneros de bienes, para no detenernos más en las sutilezas de los Estoicos, de las cuales confieso haber usado más de lo que acostumbro. Sean tres los géneros de bienes, con tal que los bienes corporales y externos sean tenidos por ínfimos, y sólo puedan llamarse bienes en cuanto son dignos de preferirse á los males contrarios. Solamente los otros bienes, que podemos llamar divinos, son los que ampliamente se dilatan hasta tocar el cielo; y á quien haya llegado á tocarle ¿por qué no le llamaremos, no sólo feliz, sino también felicísimo? Esta es la mayor defensa que puede encontrar nuestra doctrina. Contra la muerte propia y la de las personas queridas, y contra el dolor y las demás perturbaciones del alma, bastante nos hemos armado y prevenido en los razonamientos de los días pasados. Pero el dolor parece ser el más acérrimo adversario de la virtud, y lanza contra nosotros antorchas encendidas que amenazan debilitar la fortaleza, la magnanimidad y la prudencia. ¿Sucumbirá ante él la virtud?

¿cederá á él la vida del varón sabio y constante? ¡Cuán torpe cosa sería, oh dioses inmortales! Los niños espartanos no gimen aún entre el dolor de los azotes. Vemos en Lacedemonia á escuadrones enteros de adolescentes pelear con increíble valor, con los puños, con los pies, con las uñas y con los dientes, y quedar exánimes antes que confesarse vencidos. ¿Qué país hay más vasto ni más agreste que la bárbara India? Y sin embargo, entre aquellas gentes los que son tenidos por sabios pasan la vida desnudos y sufren sin dolor las nieves del Cáucaso y el rigor del invierno, y cuando se acercan á la llama, se dejan abrasar sin dolor. Y las mujeres en la India, cuando muere el marido de cualquiera de ellas, se someten á una especie de certamen ó de juicio, para que se declare á cuál de ellas amaba más el difunto. Porque cada cual de ellos suele tener muchas esposas. Y la que es vencedora, seguida por los suyos, sube á la hoguera de su marido y se deja quemar con él, al paso que la que es vencida se retira triste. Nunca la costumbre lograría vencer á la naturaleza, ya que ésta es por sí misma invicta. Pero nosotros gastamos el alma en el deleite, en la ociosidad, en la languidez, en la desidia, y con falsas opiniones y malas costumbres enervamos el vigor del espíritu. ¿Quién ignora la costumbre de los Egipcios, los cuales, imbuídos en los errores de la más crasa idolatría, antes sufrirían mil veces la muerte que profanar un ibis, un áspid, un gato, un perro, ó un cocodrilo, de tal modo que si imprudentemente se llegan á él, no rehuyen luégo el sufrir ninguna pena? Ahora hablo sólo de los hombres. Pero ¿qué dirás de las bestias, que sufren con tal constancia el frío, el hambre y la continua carrera por montes y selvas? Y en defensa de sus hijuelos, ¿no lo resisten todo, sufriendo heridas, sin temer ímpetu ni ataque alguno? Paso en silencio lo mucho que sufren los hombres ambiciosos por los honores y la codicia de gloria, ó inflamados por el amor, ó furiosos con el apetito. La vida

humana está llena de estos ejemplos. Pero volvamos nuestro discurso al punto de donde nos hemos alejado. La vida feliz se sujetará gustosa á los tormentos; y quien haya cultivado la justicia, la templanza y sobre todo la magnanimidad y la constancia, no temblará delante del verdugo, y sin ningún terror de alma mandará las virtudes al suplicio, y se quedará fuera de la puerta y ante los umbrales de la cárcel. ¿Qué cosa habrá más fea y más deforme que la vida feliz, si la separamos del hermosísimo certamen de las virtudes? Aunque en realidad esto no es posible, porque ni las virtudes pueden existir sin la vida feliz, ni ésta sin las virtudes. Así no las consentirá retirarse, y las llevará consigo para sufrir con ella cualquiera dolor y tormento. Es cosa propia del sabio no hacer nada de que pueda arrepentirse; no hacer nada contra su voluntad; ejecutarlo todo con constancia, gravedad y honestidad; no confiar en lo futuro; no admirarse de nada cuando acaezca, ni tenerlo por inopinado y nuevo; referirlo todo á su arbitrio y voluntad propia, y no someterse á otros juicios que los suyos: yo no conozco otro estado que pueda ser más dichoso.

Fácil es la conclusión de los Estoicos, los cuales, como piensan que el sumo bien está en vivir conforme á la naturaleza, y que ésta depende de la voluntad del sabio, creen necesario que la vida feliz dependa de aquel mismo en cuyo poder está el sumo bien, y por eso la vida del sabio merece siempre para ellos el nombre de dichosa. Esto es lo más noble que en mi concepto puede decirse acerca de la vida feliz, y si tú no tienes otra cosa mejor que indicarme, la tengo también por la opinión más verdadera.

ΟΥΚΕΝΤΕ.—Cosa mejor no puedo decir ciertamente; pero quisiera preguntarte, si no te parece molesto, ya que no te detienen los vínculos de ninguna escuela señalada, sino que vas tomando de todas lo que te parece que tiene más apariencia de verdad: ¿por qué antes exhortabas á los Peripatéticos y á los Académicos á decir claramente y sin

ambajes que el sabio era felicísimo? Quisiera saber de qué manera pones de acuerdo esta doctrina con las demás de ellos. Porque tú has hablado mucho contra ese parecer, siguiendo las razones de los Estoicos.

**MARCO.**—Usemos, pues, de la libertad que nosotros solos podemos usar en la filosofía, puesto que el método que seguimos nada juzga por sí mismo, sino que examina imparcialmente las razones que hay por una y otra parte sin atender á las autoridades. Y como me parece que lo que deseas es dejar bien demostrado que cualquiera que sea la opinión que sigamos entre las muchas de los filósofos acerca del sumo bien, hay siempre en la virtud recursos bastantes para la vida feliz, lo cual también solía disputar Carneades, si bien éste había hablado siempre por aversión á los Estoicos, á quienes acérrimamente combatía, y contra cuya doctrina se había levantado su ingenio, nosotros lo volveremos á hacer, con paz suya. Si los Estoicos hubieran acertado en la cuestión del sumo bien, nada habría que añadir, y forzosa y necesariamente confesaríamos que el sabio es siempre feliz; pero busquemos en cada uno de los restantes sistemas (á ser posible) si esta generosa opinión acerca de la vida feliz puede ponerse de acuerdo con todas las demás contrarias opiniones y disciplinas.

Los pareceres que conozco acerca del sumo bien pueden reducirse á los siguientes. Hay en primer lugar cuatro opiniones que llamaré sencillas: la primera, que nada hay bueno sino lo honesto, como dicen los Estoicos; la segunda, que nada es bueno sino el deleite, como dice Epicuro; la tercera, que nada es bueno sino la carencia de dolor, como dice Jerónimo; la cuarta, que nada es bueno sino gozar de los primeros bienes de la naturaleza, ya sea de todos, ya de la mayor parte, como defiende Carneades contra el parecer de los Estoicos. Estas son las opiniones que podemos llamar simples; hay otras que llamaremos

compuestas y mixtas. Tres géneros hay de bienes. Los primeros de alma; los segundos de cuerpo; los terceros externos, según el parecer de los Peripatéticos, del cual no se aparta mucho el de los Académicos antiguos. Dinomacho y Califón juntaron el deleite con la honestidad. Diodoro, el peripatético, añadió la indolencia á la honestidad. Estos son los pareceres que conservan alguna estabilidad, porque los de Aristón, Pirrón y Herillo fácilmente se han desvanecido.

Omitiendo á los Estoicos, cuyas sentencias me parece haber defendido bastante, examinemos las opiniones restantes. También he explicado ya la de los Peripatéticos, exceptuada la de Teofrasto y algunos discípulos suyos, los cuales débil y mujerilmente temen y rehuyen el dolor. A los demás lícito les es hacer lo que la mayor parte de las veces hacen, esto es, ensalzar la gravedad, dignidad y virtud, y después de haberla levantado á los cielos, como suelen hacer los hombres elocuentes, despreciarla en comparación con todas las demás cosas. Y no es lícito á aquellos que declaran apetecible la gloria, aunque vaya mezclada con el dolor, negar que son felices los que la consiguen. Pues aunque padezcan algún mal, sin embargo este nombre de felicidad se extiende largamente.

Así como el comercio se llama lucrativo y la eración fructuosa, aunque el uno no carezca siempre de todo daño y la otra esté sujeta á tanta calamidad, porque en gran parte la felicidad de la vida consiste en ellos; así la vida puede con razón llamarse feliz, aunque no siempre esté llena de bienes, con tal que los bienes excedan en parte muy considerable á los males. Según la opinión de éstos, la virtud acompañará á la vida feliz hasta el sepulcro mismo, y descenderá con ella al Toro de Falaris. Así lo afirman Aristóteles, Xenócrates, Speusippo, Polemón, y no se apartarán de tal camino por halago ni caricia alguna. Lo mismo piensan Califón y Diodoro, los cuales estiman

tanto la honestidad, que creen que deben posponerse y dejarse á un lado todas las cosas que no participan de ella. Los demás filósofos, aunque tropiezan en más dificultades, procuran vencerlas. Así los mismos Epicúreos, y Jerónimo y algunos otros han tomado á su cargo defender al elocuente é ingenioso Carneades. No hay nadie que no estime que el alma es el único juez de los bienes y que él puede despreciar las que el vulgo tiene por cosas buenas ó malas. La opinión que á tí te parece de Epicuro es la misma de Jerónimo y Carneades y de todos los restantes.

¿Quién está poco preparado contra la muerte y el dolor? Empecemos por aquel á quien malamente llamamos muelle y voluptuoso. ¿Te parece que teme la muerte ó el dolor el hombre que llama feliz al día en que muere, y que afligido por grandes dolores logra triunfar de todos con la memoria y el recuerdo de sus acciones, y no dice tales sentencias como improvisadas, sino que opina acerca de la muerte que, separada el alma, se extingue con ella el sentido, y que ninguna cosa que carece de sentido puede importarnos? Y también tiene sobre el dolor opiniones ciertas que seguir, puesto que se consuela de la magnitud del dolor con su brevedad, y de la larga duración del dolor con su lenidad. Por ventura, esos filósofos que tan altas pretensiones muestran, ¿tienen mejor defensa que Epicuro contra estas dos, que son las mayores calamidades de la vida? Y para resistir á los otros males, ¿por ventura Epicuro y los demás filósofos no parecen bastante prevenidos? ¿Quién no teme la pobreza? y sin embargo no es ningún filósofo el que la teme. Este mismo Epicuro ¿con cuán poca cosa se contentaba! Nadie habla con tanto acierto de la frugalidad. Y realmente, un hombre que estaba tan lejos de todas aquellas cosas que traen consigo la codicia de dinero, como el amor, la ambición y prodigalidad continuada, ¿para qué había de desear el dinero ni cuidarse de él? ¿Podrá despreciarlo el Scyta Anacarsis y no podrán

nuestros filósofos? Una epístola suya hay donde se leen estas palabras: «Anacarsis á Hannón, salud. Mi vestido es una manta de Scythia; mi lecho la tierra; mi alimento leche, queso, carne. Guarda esos bienes que tanto te deleitan para tus ciudadanos ó para los dioses inmortales.» Casi todos los filósofos, á no ser aquellos á quienes una naturaleza viciosa aparta de la recta razón, pudieron decir esto mismo sin distinción de escuelas.

Viendo Sócrates en una fiesta gran cantidad de oro y de plata, exclamó: «¡Cuánta cosa hay que no deseo!» Y Xenócrates, habiéndole traído los embajadores de Alejandro cincuenta talentos de oro, mucho dinero para aquellos tiempos, sobre todo en Atenas, llevó á los embajadores á cenar consigo á la Academia, y les dió sólo lo más indispensable, sin ningún aparato. Pidiéronle al día siguiente que mandase contar el dinero, y les respondió: «¿No entendisteis por la pobre cena de ayer que yo no necesito dinero?» Pero viéndolos muy tristes, aceptó treinta minas, para que no pareciese que despreciaba la liberalidad del Rey. Con más libertad respondió todavía Diógenes el cinico á Alejandro, que le preguntaba si tenía necesidad de algo. «No necesito otra cosa, dijo, sino que te apartes un poco del sol.» Y el mismo Diógenes solía decir que él excedía en mucho al Rey de los Persas en felicidad; porque no le faltaba nada, mientras que el Rey de los Persas nunca tenía bastante, y que él no deseaba deleites, de los cuales nunca podría saciarse, al paso que el Rey jamás podría conseguir los que él disfrutaba.

Ya conoces aquella división que Epicuro hace de las pasiones; división no muy sutil, pero de alguna utilidad práctica. Dijo, pues, que unas eran naturales y necesarias; que otras eran naturales y no necesarias, y algunas ni necesarias ni naturales. Que las naturales podían saciarse casi con nada, porque fácil era de obtener el tesoro de la naturaleza. En cuanto al segundo género de apetitos, no

los juzgaba difíciles de conseguir, pero tampoco juzgaba intolerable el carecer de ellos. Y en cuanto á los terceros, los declaraba totalmente inútiles y vanos, como que no nacían ni siquiera de la naturaleza, cuanto más de la necesidad. En este lugar disputan mucho los Epicúreos, procurando disminuir el valor del deleite, que en general no desprecian, y cuya abundancia buscan. Porque aun los mismos deleites obscenos, de los cuales demasiadamente hablan, dicen que son fáciles, comunes y muy asequibles, y si la naturaleza los pide, creen ellos que no deben regularse por el género, ó por el lugar, ó por el orden, sino por la forma, la edad y la figura; y añaden que no sería difícil abstenerse de ellos si lo pidiesen la enfermedad, ó el deber, ó la buena fama, y que de todas maneras este género de placeres sería apetecible si no sirviese de estorbo ó inconveniente, pero que aprovechar, no aprovechanca.

Y sin embargo, Epicuro enseñó, acerca del placer, que todo deleite, por el mero hecho de serlo, debe ser buscado y apetecido, y que por la misma razón debe huirse todo dolor; solo en cuanto es dolor; y que solo de una manera podría el sabio obtener compensación, es decir, huyendo el placer, si le había de traer mayor dolor, ó resignándose al dolor, si le había de producir mayor placer. Y enseñó también Epicuro que todas las sensaciones agradables, aunque se experimenten por los sentidos corporales, deben, no obstante, referirse al alma. De donde se infiere que el cuerpo goza sólo mientras siente el placer actual, al paso que el alma siente el actual juntamente con el cuerpo, y al mismo tiempo vislumbra el placer futuro y no deja que se borre la huella del pasado. De aquí se infiere que en el sabio hay siempre una continuidad de deleites enlazados unos con otros, juntándose á la esperanza de los deleites futuros la memoria de los que ya se han gozado. Estas mismas consideraciones se aplican al placer

nuestros filósofos? Una epístola suya hay donde se leen estas palabras: «Anacarsis á Hannón, salud. Mi vestido es una manta de Scythia; mi lecho la tierra; mi alimento leche, queso, carne. Guarda esos bienes que tanto te deleitan para tus ciudadanos ó para los dioses inmortales.» Casi todos los filósofos, á no ser aquellos á quienes una naturaleza viciosa aparta de la recta razón, pudieron decir este mismo sin distinción de escuelas.

Viendo Sócrates en una fiesta gran cantidad de oro y de plata, exclamó: «¡Cuánta cosa hay que no deseo!» Y Xenócrates, habiéndole traído los embajadores de Alejandro cincuenta talentos de oro, mucho dinero para aquellos tiempos, sobre todo en Atenas, llevó á los embajadores á cenar consigo á la Academia, y les dió sólo lo más indispensable, sin ningún aparato. Pidiéronle al día siguiente que mandase contar el dinero, y les respondió: «¿No entendisteis por la pobre cena de ayer que yo no necesito dinero?» Pero viéndolos muy tristes, aceptó treinta minas, para que no pareciese que despreciaba la liberalidad del Rey. Con más libertad respondió todavía Diógenes el cínico á Alejandro, que le preguntaba si tenía necesidad de algo. «No necesito otra cosa, dijo, sino que te apartes un poco del sol.» Y el mismo Diógenes solía decir que él excedía en mucho al Rey de los Persas en felicidad; porque no le faltaba nada, mientras que el Rey de los Persas nunca tenía bastante, y que él no deseaba deleites, de los cuales nunca podría saciarse, al paso que el Rey jamás podría conseguir los que él disfrutaba.

Ya conoces aquella división que Epicuro hace de las pasiones; división no muy sutil, pero de alguna utilidad práctica. Dijo, pues, que unas eran naturales y necesarias; que otras eran naturales y no necesarias, y algunas ni necesarias ni naturales. Que las naturales podían saciarse casi con nada, porque fácil era de obtener el tesoro de la naturaleza. En cuanto al segundo género de apetitos, no

los juzgaba difíciles de conseguir, pero tampoco juzgaba intolerable el carecer de ellos. Y en cuanto á los terceros, los declaraba totalmente inútiles y vanos, como que no nacían ni siquiera de la naturaleza, cuanto más de la necesidad. En este lugar disputan mucho los Epicúreos, procurando disminuir el valor del deleite, que en general no desprecian, y cuya abundancia buscan. Porque aun los mismos deleites obscenos, de los cuales demasadamente hablan, dicen que son fáciles, comunes y muy asequibles, y si la naturaleza los pide, creen ellos que no deben regularse por el género, ó por el lugar, ó por el orden, sino por la forma, la edad y la figura; y añaden que no sería difícil abstenerse de ellos si lo pidiesen la enfermedad, ó el deber, ó la buena fama, y que de todas maneras este género de placeres sería apetecible si no sirviese de estorbo ó inconveniente, pero que aprovechar, no aprovecha nunca.

Y sin embargo, Epicuro enseñó, acerca del placer, que todo deleite, por el mero hecho de serlo, debe ser buscado y apetecido, y que por la misma razón debe huirse todo dolor; solo en cuanto es dolor; y que solo de una manera podría el sabio obtener compensación, es decir, huyendo el placer, si le había de traer mayor dolor, ó resignándose al dolor, si le había de producir mayor placer. Y enseñó también Epicuro que todas las sensaciones agradables, aunque se experimenten por los sentidos corporales, deben, no obstante, referirse al alma. De donde se infiere que el cuerpo goza sólo mientras siente el placer actual, al paso que el alma siente el actual juntamente con el cuerpo, y al mismo tiempo vislumbra el placer futuro y no deja que se borre la huella del pasado. De aquí se infiere que en el sabio hay siempre una continuidad de deleites enlazados unos con otros, juntándose á la esperanza de los deleites futuros la memoria de los que ya se han gozado. Estas mismas consideraciones se aplican al placer

de la comida, estimándose así en poco la magnificencia de los convites, puesto que la naturaleza con muy poco se contenta.

Pero ¿quién no ve que el agrado mayor consiste en el deseo? Cuando Darío en su fuga bebió el agua turbia y manchada con la sangre de los cadáveres, dijo que nunca había bebido cosa más agradable. Y es que nunca había bebido con tanta sed; y nunca había comido Ptolomeo con tanta hambre como cuando, recorriendo el Egipto sin compañía, le dieron en una casa un pan sumamente grosero, y afirmó que nada le había parecido tan agradable como aquel pan. De Sócrates cuentan, que habiendo paseado sin cesar hasta la tarde, preguntándole por qué lo hacía, respondió que alimentaba con el paseo su hambre para cenar mejor.

Y ¿qué diremos de las comidas públicas de los Lacedemonios? Comió allí una vez el tirano Dionisio, y negó haberse deleitado con aquella salsa negra que era lo principal de la comida. Y díjole el cocinero: «No es extraño, porque le faltaba el condimento.—Y ¿qué condimento es ese? replicó Dionisio.—La fatiga de la caza, el sudor de la carrera á orillas del Eurotas, el hambre, la sed: de esta manera se confeccionan los manjares de los Lacedemonios.» Esto se puede conocer no sólo en los hombres, sino también en las bestias, las cuales, así que se les ofrece delante lo que es conforme á su naturaleza, se contentan con ello y no piden más. Hay ciudades enteras que se deleitan con la parsimonia, v. gr., la Lacedemonia. Algo muy semejante á esto refiere de los Persas Xenophonte; y si la naturaleza desea algo más dulce y suave, ¡cuántas cosas nos ofrecen la tierra y los árboles en abundante copia! Añade á esto la fortuna que sigue á esta continencia en la comida. Añade lo íntegro y fuerte de la salud. Compara á los que se nutren de este modo con los que están rellenos de manjares, sudando como bueyes opimos, y entonces entiende

rás que los que más buscan el placer son los que menos lo encuentran; porque el deleite de la comida está en el deseo, y no está en la saciedad.

Cuentan que Timoteo, varón esclarecido en Atenas, y uno de los principales de su ciudad, habiendo cenado en casa de Platón y deleitándose mucho en el convite, le vió al día siguiente, y le dijo: «Vuestras cenas, no sólo son agradables aquel día, sino también al siguiente.» Y es la verdad, que ni siquiera podemos hacer uso del entendimiento, cuando estamos llenos de comida y de bebida. Hay una excelente epístola de Platón á los parientes de Dión, en la cual leemos estas palabras: «Cuando llegué á esta ciudad, aquella vida tan feliz que me preparaban la mesa italiana y siracusana no me agradó de ningún modo: no me pareció bien el hartarme dos veces en un día, y el no pernoctar nunca solo, y las demás cosas que acompañan á esta vida, en la cual nadie se hará jamás sabio, ni mucho menos moderado.» Y ¿cómo puede ser agradable una vida en la cual falta la prudencia y falta la moderación? Así se convence el error de aquel Sardanápalo, rey opulentísimo de Siria, el cual mandó grabar estas palabras en su busto: «Tengo lo que comí y lo que devoró mi apetito no saciado; pero aun dejo en el mundo muchas y agradables cosas que no he gozado.» Con razón pregunta Aristóteles si esta inscripción no es más propia para el sepulcro de un buey, que para el de un rey. Dice que conserva muerto lo que ni aun cuando vivo tuvo por más tiempo que aquel en que gozaba de las cosas mismas.

¿Por qué han de desearse, pues, las riquezas, ó en qué se opone la pobreza á la felicidad? Me dirán que es muy agradable el poseer cuadros y estatuas, y el disfrutar de los juegos y de los regocijes. Pero si hay alguien á quien tales cosas deleiten, ¿no goza mucho mejor de ellas el hombre de pequeña fortuna que los que la poseen muy considerable? En nuestra ciudad hay abundancia de tales

obras artísticas á disposición del público. Las que un particular puede poseer son pocas en comparación, y muy raras veces las ven, cuando visitan sus campos, y eso aquellos pocos que alguna vez se acuerdan de que las poseen y del sitio donde las tienen. Me faltaría el tiempo si quisiera defender la causa de la pobreza. Porque es cosa clara y que cada día nos enseña la naturaleza, cuán pocas cosas y cuán viles son las que necesita.

Y ¿por ventura la oscuridad, ó la humildad, ó la ofensa del pueblo pueden impedir al sabio ser feliz? Yo creo que esa gloria y aura popular, mucho más tienen de molestia que de placer. Liviandad me parece la de nuestro Demóstenes, el cual decía que se alegraba con aquel susurro de las mujerzuelas que llevaban el agua, como es costumbre de los Griegos, y decía al oído de los Griegos: «Ese es aquel Demóstenes.» ¡Qué cosa más indigna de tan grande orador! Pero se conoce que, acostumbrado á hablar ante otros, no tenía mucha costumbre de hablar consigo mismo. Se ha de entender, pues, que ni la gloria popular es apetecible por sí misma, ni temible la deshonra. «Vine á Atenas, dice Demócrito, y no encontré allí nadie que me conociese.» ¡Varón constante y grave el que se gloria de haber vivido sin la gloria! ¿Acaso los flautistas y los que tocan la lira rigen su canto y número por el arbitrio de la multitud, ó por el suyo propio? Y un varón sabio, cultivador de un arte mucho más excelente, ¿buscará no lo más verdadero, sino lo que más apetece al vulgo? ¿Hay cosa más necia que juzgar de algún valor, cuando están reunidos, á los mismos que separados y de uno en uno los juzgarías dignos de desprecio, y los llamarías groseros y bárbaros? El verdadero sabio despreciará nuestras invenciones y ligerezas, y rechazará los honores del pueblo aunque se los ofrezcan, y nosotros, por el contrario, no acertamos á despreciarlos antes que nos llegue la hora de arrepentirnos de haberlos tenido.

Habla el físico Heráclito de Hermodoro, príncipe efeso, y afirma que todos los Efesios eran dignos de muerte porque al expulsar de su ciudad á Hermodoro, habían dicho: «Nadie sobresalga entre nosotros, y si alguien sobresale, váyase á vivir entre otra gente.» Pero ¿no hace lo mismo todo pueblo? Y ¿hay alguna nación que no haya aborrecido la virtud de quien sobresale? Buscando el ejemplo de los Griegos más bien que el de los nuestros, ¿no fué expulsado Aristides de su patria, sólo porque era más justo de lo que se acostumbraba? ¿De cuántas molestias carece el que no tiene relación alguna con su pueblo, y cuán dulce es el ocio literario, entendiendo por literatos á aquellos que nos dan á conocer el conjunto de las cosas, y la infinitud de la naturaleza en el mundo, el cielo, la tierra y el mar!

Despreciados, pues, los honores, despreciado el dinero, ¿qué cosas quedan dignas de ser temidas? Quizá el destierro, que algunos cuentan entre los mayores males. Pero si le juzgamos un mal porque el desterrado se enajena la voluntad de su pueblo, ya hemos dicho antes cuán despreciable sea esta voluntad. Y si la miseria consiste en estar fuera de su patria, llena está de infelices la provincia, de la cual muy pocos vuelven á su patria. Me diréis que los desterrados sufren en sus bienes. Y pregunto: ¿cuántos consejos no da la filosofía para tolerar la pobreza? El destierro mismo, si atendemos á la naturaleza de las cosas y no á la ignominia del nombre, ¿cuán poco se diferencia de aquella perpetua peregrinación en la cual consumieron su vida aquellos nobilísimos filósofos Xenócrates, Crantor, Arcesilao, Lacydes, Aristóteles, Teofrasto, Zenón, Cleantes, Crisipo, Antipatro, Carneades, Panecio, Critomaco, Filón, Antíoco, Posidonio y otros innumerables, los cuales nunca volvieron á su patria!

Pero me diréis que el destierro nunca carece de ignominia. ¿Acaso la ignominia puede alcanzar al sabio? Porque al sabio se refiere todo lo que tratamos, y su destierro nunca

puede ser justo. En cuanto al que ha sido justamente desterrado, no toca á la filosofía la obra de consolarle.

Y, finalmente, en toda cosa está muy á la mano el remedio para aquel que lo refiere todo al deleite y afirma que se puede vivir bien en cualquiera parte. Así á todas las cosas pueden acomodarse aquellas palabras de Teucro: «La patria está donde quiera que vivimos bien.» Preguntándole uno á Sócrates qué patria tenía, respondió que el mundo. Porque la dicha es realmente habitadora y ciudadana de todo el universo. ¿Y qué diremos de Tito Albucio, el cual estando desterrado en Atenas, conspiraba con tanta tranquilidad y resignación de ánimo? Lo cual no hubiera podido hacer si, viviendo en su república, hubiera obedecido á las leyes de Epicuro. ¿Por qué había de ser más feliz Epicuro viviendo en su patria que Metrodoro viviendo en Atenas? ¿Por ventura Platón era más dichoso que Xenócrates, ó Polemón más que Arcesilao? ¿Y cómo hemos de estimar una ciudad de la cual son arrojados los buenos y los sabios? Demarato, padre de nuestro rey Tarquino, huyó de su patria por no poder sufrir al tirano Cipselo, y estableciéndose en Corinto, acrecentó mucho su fortuna y tuvo hijos allí. ¿Me dirás acaso que hizo mal en anteponer la libertad del destierro á la servidumbre doméstica?

En cuanto á los movimientos del alma y á las solicitudes y á los cuidados, mucha fuerza tiene el olvido para borrarlos. No sin causa se atrevió, pues, á decir Epicuro que el sabio abundaba siempre en muchos bienes, porque siempre gozaba de placeres; de donde se infiere lo que buscamos: que el sabio es siempre feliz —¿Aunque carezca del sentido de la vista ó del oído?—Aunque carezca, porque desprecia los placeres de los sentidos. Y en primer lugar esa misma horrible ceguera, ¿de qué deleites está privada? Muchos disputan que los demás placeres habitan en los mismos sentidos, pero en cuanto á los de la vista no los ponen en los ojos mismos, de tal modo que la sensación

del gusto, del olfato, del tacto y del oído radican en aquella parte donde los sentimos, pero en los ojos no aconteció así. El alma es la que recibe las imágenes de las cosas que vemos. Y el alma puede deleitarse de muchos y varios modos, aunque no disfrute de la vista. Hablo del hombre docto y erudito, para quien la vida consiste en el pensamiento. Y el pensamiento del sabio no necesita los ojos como instrumento para la investigación. Si la noche no quita la felicidad de la vida, ¿por qué nos ha de privar de ella un día semejante á la noche? El dicho de Antípatro Cirenaico es un poco obsceno, pero no absurdo. Se lamentaban algunas mujeres de su ceguera, y les dijo: «¿Qué os importa? ¿creéis acaso que no hay ningún placer nocturno? De Apio el viejo sabemos que estuvo ciego muchos años, y sin embargo por las magistraturas que desempeñó y por las grandes hazañas que llevó á cabo entendemos que no faltó á sus deberes de ciudadano en ninguna ocasión, ni pública ni privada. Y sabemos que la casa de Cayo Druso estaba siempre llena de consultores, es decir, que los que no podían ver con claridad su interés acudían á consultar á un ciego. Siendo yo niño, Cneo Anfidio, que había sido pretor, hablaba con frecuencia en el Senado, y no dejaba de dar consejos á sus amigos ni de defenderles en el foro, y escribía en griego su historia, á pesar de estar ciego. Y ciego vivió muchos años en nuestra casa el estoico Diodoro, del cual refieren, por ser cosa increíble, que se ocupaba en el estudio de la filosofía con mucha más asiduidad que antes, y tocaba la lira según costumbre de los Pitagóricos, y oía leer libros de día y de noche. Y lo que es más, porque parece imposible hacerlo sin el auxilio de los ojos, se dedicaba á la geometría, enseñando de palabra á sus discípulos cómo y dónde habían de trazar cada línea.

Cuentan que Asclepiades, filósofo de Eretria, nada oscuro, preguntándole alguien qué mal le había traído la

ceguera, respondió: «Sólo el tener que andar acompañado de un muchacho.» Así como la suma pobreza es tolerable si nos basta con lo que basta á muchos Griegos diariamente, así la ceguera puede con facilidad tolerarse si no nos falta la compañía y el apoyo de alguien.

Demócrito, cuando perdió la vista, no podía distinguir lo blanco de lo negro, pero podía distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo honesto de lo torpe, lo útil de lo inútil, lo grande de lo pequeño. Sin la variedad de colores es lícito vivir con felicidad, pero sin la noción de las cosas no es lícito. Opinaba este gran varón que la vista de los ojos del cuerpo, era un estorbo para los del alma; y así, mientras los demás hombres no veían lo que estaba á sus pies, él recorría con su pensamiento lo infinito, sin encontrar murallas en parte alguna. Se cuenta también que Homero fué ciego, y sin embargo su poesía más bien debiera llamarse pintura. ¿Qué región hay, qué costa, qué gracia, qué hermosura humana, qué ejércitos, qué batallas, qué movimiento de remeros, qué embestida de fieras que él no nos haya pintado de tal modo que nosotros vemos en sus versos lo que él mismo no veía? ¿Creeremos que á Homero ó á cualquiera otro varón docto le faltó alguna cosa para el deleite y satisfacción de su alma?

Y si no fuera así, ¿por ventura Anaxágoras ó el mismo Demócrito hubieran abandonado sus campos y su patrimonio y se hubiesen dedicado con todas las fuerzas de su alma á este inmenso amor de aprender y de investigar? Así los poetas que fingien ciego al adivinador Teresias, nunca le introducen deplorando su ceguera. Por el contrario, Homero, pintando al bárbaro y feroz gigante Polifemo, le hace dirigir la palabra á un carnero y envidiarle porque tiene vista para entrar donde quiere y tocar lo que quiere. Y en verdad que aquel cíclope no era más prudente que un carnero.

Y en la sordera ¿qué mal hay? Era algo sordo Marco Craso, pero guardábase con esto de oír muchas cosas molestas. Nuestros Epicúreos no solían saber el griego, ni los Griegos el latín. Por consiguiente, los unos son sordos en una lengua y los otros en otra, y nosotros somos verdaderamente sordos en aquellas lenguas que no entendemos, las cuales son innumerables. Es cierto que los sordos no oyen la voz del que toca la cítara, pero tampoco oyen el estridor de la sierra cuando se aguza, ni el gruñir del cerdo cuando le degüellan, ni cuando quieren descansar, oyen el ruido y el murmullo del mar. Y si acaso les deleita el canto, deben pensar ante todo que muchos sabios vivieron felizmente antes de inventarse la música, y que mucho más placer puede sacarse de la lectura que de oírla. Y así como poco antes convidamos á los ciegos al placer de los oídos, así podemos convidar á los sordos al placer de los ojos. El que pueda hablar consigo mismo, no buscará la conversación de otro. Y supongamos en un mismo hombre la carencia de ojos y de oídos: supongámosle agobiado por los dolores más ásperos del cuerpo, los cuales por sí mismos bastan para acabar con el cuerpo: supongamos que por la larga duración de estos tormentos no se atenúa en nada su crudeza; aun así, oh dioses inmortales, ¿qué es lo que hemos de temer? Cerca tenemos la puerta, puesto que nos aguarda la muerte, eterno receptáculo donde nada se siente. Teodoro respondió á Lisimaco, que le amenazaba con la muerte: «Gran cosa harás si consigues la fuerza de una cantárida.» Paulo Emilio respondió á Perseo, que le rogaba que no le llevase en su triunfo: «En tu poder está.» Muchas cosas dijimos de la muerte el primer día, muchas también el segundo, al tratar del dolor. Quien las recuerde, no hay peligro de que deje de tener la muerte por apetecible, ó á lo menos por nada terrible.

A mí en la vida me parece que debe observarse aquella ley que se observaba en los convites de los Griegos: ó be-

ler ó retirarse. Y con razón, porque debe uno, ó gozar juntamente con los demás del placer de la bebida, ó retirarse con tiempo, para no exponerse los que están sobrios á la violencia de los que beben. De esta manera se puede evitar con la fuga la injuria de la fortuna, que quizá no podríamos tolerar. Estas mismas cosas que dice Epicuro, las repite con palabras casi iguales Jerónimo. Y si tal es la doctrina de aquellos filósofos, que por otra parte enseñan que la virtud por sí misma no tiene valor alguno, y que todo lo que nosotros llamamos honesto y laudable es un vano sonido, ¿qué crees que enseñarán Sócrates y Platón, los cuales conceden tanta excelencia á los bienes del alma, que de todo punto dejan en la sombra los bienes del cuerpo y los bienes exteriores? Algunos ni siquiera los tienen por bienes, ni reconocen otra vida que la del alma. Carneades solía fijar como árbitro esta controversia, porque como los Estoicos llaman comodidades á lo que los Peripatéticos llaman bienes, y sin embargo los Peripatéticos no conceden á las riquezas, á la salud y á las demás cosas de este género, mayor excelencia que los Estoicos, decía Carneades que la cuestión entre ellos era de palabras y no de cosas. En cuanto á los demás filósofos, ellos verán cómo puede encontrarse en su doctrina medicina para estos males. A mí me agrada el que todos unánimes reconozcan que hay en el sabio facultad de vivir perfectamente dichoso.

Pero como mañana hemos de irnos, conviene conservar en la memoria la disputa de estos cinco días. Pienso escribirla (¿de qué manera mejor podría emplear este ocio?), y pienso enviar á nuestro Bruto estos cinco libros, puesto que él me ha impulsado y hasta obligado á escribir de filosofía. No me toca á mí decir si con éste he aprovechado mucho á los demás: lo único que sé es que en mis más acerbos dolores, y en las varias molestias que me circundan, nunca he podido encontrar otra mejor medicina.

---